

«P. S. Me encontrareis en el interior del Berry en un antiguo y aislado palacio, donde me refugio huyendo de la vergonzosa invasión que me humilla tanto como me entristece. Está situada en el Cher, cerca de Bourges. En esta ciudad preguntad por la duquesa de Maillepré y cualquiera os guiará.

»Anunciadme vuestra llegada para hacer que os esperen.»

Las dos amigas leyeron y releieron esta carta, entregada á María Magdalena al salir de Ornans para la Chapelle-aux-Ifs.

La abandonada besó aquella misiva tanto tiempo esperada y volvieron á acariciar su corazón las quimeras de la esperanza. Su primer pensamiento fué correr en busca de aquella providencia que se le hacía presente cuando menos lo esperaba. Pero miró á su amiga y se dijo que debía cumplir hasta el fin su misión, que ya no podía ser larga, pues se empezaba á hablar de armisticio y de paz.

Continuó, pues, su camino.

Desde hacía tres días, llevaba aquel precioso papel en el pecho como un talismán; pero durante la lúgubre noche en que las hemos presentado al lector, tuvo miedo, quizás por la primera vez, y bajo aquel techo rústico que las abrigaba á medias, en el silencio, solo interrumpido por los gemidos del viento y los lamentos de los heridos, María Magdalena, con la cabeza entre las manos, yacía taciturna y abatida.

## XVIII

## El ataque.

La noche era fría y tormentosa.

Margarita removió las cenizas del hogar y colocó algunos leños, yendo después á sentarse cerca de su amiga.

—¿Tienes frío? — le preguntó viéndola temblar.

—No: me avergüenza confesarlo; pero tiemblo.

—¿Tú, tan valiente?...

—¿Es una acaso dueña de sus impresiones? En el momento en que voy á tocar la felicidad, me parece que voy á morir.

—¡Aprensiones!

—Seguramente; pero no puedo desechar ese temor.

Margarita se esforzó para confortarla.

—¡Tranquilízate, por Dios, te lo suplico!

—¿No nos vemos asaltadas, á lo mejor, por un miedo sin causa? Pues aquí estamos expuestas á muchos peligros.

—Están aún lejanos.

—¿Quién sabe! ¿No has observado la turbación del jefe? Es valiente; pero, sin embargo, es hombre.

—Es prudente, y eso es todo. Si el peligro fuera tan inmediato, nos haría abandonar esta posición.

—Tú no temes á nada, Margarita.

—¿Qué puedo esperar del porvenir? Antes también pensabas como yo...



—Sí; pero esta carta ha modificado todos mis pensamientos.

—Lo comprendo. Han acabado tus miserias y sientes impaciencia por conocer el porvenir que te anuncian en esa carta, y que será dichoso, si Dios escucha mis ruegos por tu felicidad. Por mí, sólo siento que me hayan respetado las balas y las enfermedades, y me pregunto con tristeza lo que me estará reservado.

María Magdalena la miró tiernamente.

—¿No te he dicho que no nos separáramos?

—¿Cómo puede ser eso?

—Compartiendo conmigo la suerte, sea la que quiera; suplicándote vengas conmigo adonde me llaman.

—Eso es imposible.

—¿Cómo imposible? ¿Por qué?

Margarita bajó la cabeza y calló. Su compañera insistió obstinadamente.

—¿No me lo quieres decir?

—No puedo.

—¿No tienes confianza en mí?

—¡Ah! sí.

—¿Entonces?...

—Es que mi historia es tan extraña, que al conocerla dudarás de mí.

—No lo temas.

—Y te preguntarás si te es permitido estrechar mi mano. Sin embargo, juro por Dios que soy inocente.

María Magdalena se apoderó de las manos de su amiga y las estrechó con ternura.

—Margarita—dijo,—creo conocerte bien:

no se puede tener el valor y el entusiasmo de una santa con el alma de una miserable. Me has dicho demasiado para poder callarte ahora. Yo no puedo dudar de tí. Confíame, pues, tu secreto. Si yo puedo hacer algo, lo haré, porque quiero ser para tí siempre una hermana.

La hija del coronel se resistía; pero María Magdalena tenía razón: su secreto la ahogaba, y lo confesó, al fin, en las menos palabras que le fué posible, acabando con estas frases:

—Sí, firmé el horrible consentimiento que se atrevieron á presentarme, por quedar libre, por abrirme las puertas de la odiosa prisión en donde me secuestraron; por asistir á mi hermana en su última hora y huir en seguida hasta el fin del mundo, si era posible. Esta es la verdad; pero ¿quién podrá creerla?

Entonces la voz de María Magdalena, henchida de piedad, murmuró á su oído, mientras la abrazaba su amiga:

—Yo; la creeré yo que te amo y quiero verte dichosa.

De pronto una luz intensa iluminó el hogar.

Los leños verdes, secos ya por el calor, acababan de inflamarse de repente despidiendo llamaradas que debían sobresalir de la techumbre, como un reflejo de incendio.

Las jóvenes no fijaron la atención en este detalle.

—Margarita—dijo la abandonada—nadie puede saber lo que nos espera, ni si vivire-



mos mañana. Prometeme, si me sucede alguna desgracia, ver á la duquesa y darle las gracias en mi nombre. Debe ser poderosa y rica. Tu le entregarás lo que voy á darte.

Sacó de un pequeño saco sujeto á la cintura por una correa, una hoja de papel y trazó rápidamente estas líneas:

«Señora duquesa.

»He recibido vuestra generosa carta y os agradezco el placer que me habéis producido con ella.

»Esta noche, noche horrible, asisto á los heridos en un pueblo perdido en medio de los bosques, á pocas leguas de la frontera. ¡Quien sabe si viviré mañana! El enemigo está á dos pasos, más numeroso que nunca.

»Si me sucede algun accidente, doy lo poco que tengo á la persona que os llevará esta carta, que es mi mejor, ó más bien, mi única amiga.

»Si mi último ruego puede valer algo, protegedla y haced por ella lo que hubiéseis hecho por mí.

»Su historia es triste como la mía, pero no conozco otra joven más digna de ser amada, os lo juro.

»Adiós, señora duquesa. Que Dios os recompense el bien que haréis en mi nombre.

»MARÍA MAGDALENA.»

Dobló la carta, escribió la dirección y la encerró en su saco, diciendo á Margarita:

—Todo está aquí: mis recuerdos, mi vida

entera, cuanto poseo. Es mi legado y tú eres mi heredera.

Un juramento vino á interrumpir esta conversación. El médico acababa de aparecer en la puerta, gritando:

—¡Ese fuego; esa luz! ¡Qué imprudencia! ¿Qué dirá el jefe?

La advertencia era tardía.

Una detonación seca, estridente, se oyó á lo lejos, y á poco un silbido y el ruido mate de algo que cae á algunos metros de distancia sobre el suelo.

—Vaya, ya empieza la música—dijo el médico.—¿Qué hacer?

María Magdalena, aterrada, se arrojó en brazos de su amiga, que la estrechó contra su pecho.

—¿Es que nos atacan?—preguntó Margarita friamente al doctor.

—Es probable.

Y al decir esto, señaló las llamas de la chimenea.

—El fuego nos ha hecho traición—añadió.

—¿Nos defenderemos?

—Eso es asunto del jefe. Yo creo que evacuaremos este tabuco.

El cañón calló por un instante y le sucedió la fusilería. Poco después se oyó tocar retirada.

—Ya lo véis—dijo el médico.—El jefe es de mi parecer. Voy á llevarme á nuestros heridos; los que puedan ser trasportados, al menos.

—¿Y el oficial?—dijo Margarita.

—Imposible... sería matarlo.



--Tú puedes ir con ellos--dijo Margarita á Magdalena.--Mi sitio está aquí hasta el fin.

--¡No me abandones!--suplicó María Magdalena.

--Entonces quédate conmigo. ¿Qué peligro podemos correr con esto?--añadió, señalando la cruz roja bordada en la manga.

El ruido de las descargas era cada vez más vivo, y aunque aun lejano, conociase que estaba más próximo cada vez. En el patio y en el camino se oía el ruido de las herraduras de los caballos, preparados para la retirada.

--Margarita -- repitió María Magdalena cogiéndose del brazo de su compañera,--me quedo contigo, pero estoy temblando.

--¿Por qué?

--Creo que voy á morir.

No había concluido apenas de decir esto, cuando sonó un cañonazo muy cerca de la casa, saltando en astillas una ventana y agujereando la pared. Por fuera crecía el tumulto y redoblaba el fuego de fusil.

María Magdalena cayó de rodillas cerca del lecho sobre el cual estaban sentadas poco antes. Margarita, por el contrario, se asomó á la ventana.

Sonó un tercer cañonazo, y el techo se desplomó con estrépito, llenándose la habitación de llamas y humo. Por algunos instantes la hija del coronel permaneció aturdida y ciega; cuando se rehizo y pudo abrir los ojos, vió entre los escombros, exánime y ensangrentada, á su compañera, antes llena de vida.

Los presentimientos de la desgraciada se habían realizado. Con un esfuerzo sobrehumano, Margarita la levantó y la depositó en la cama, llamándola dulcemente y procurando inútilmente hacerle volver en sí. Margarita corrió á la otra sala y llamó al médico, que en medio de la mayor confusión disponía la conducción de los heridos.

--¡Por el amor de Dios, venid!

--Mejor iré por el vuestro; pero el tiempo apremia.

Y la siguió.

Al ver á la pobre joven tendida sobre la paja, lanzó un juramento.

--¡Bandidos!--exclamó, enseñando el puño á un enemigo invisible.

De una mirada reconoció la herida, causada en el cráneo por una bala de obús.

--Esto ha concluido--dijo levantándose.

--¿Es posible?

--Sí.

--¡Muerta!--exclamó Margarita.

--¿Venís?--dijo el médico.

--No.

--Hacéis mal. Esos alemanes son brutos, verdaderos brutos.

--Me quedo con ella.

--Y cerca de esos--añadió él,--señalando á la sala de los heridos.

Y salió, haciendo un gesto de cólera.

Pocos instantes después volvió á entrar, encontrando á Margarita arrodillada delante del cadáver de su amiga.

--Vamos--le dijo.

--¿Puedo abandonarla?



—No puedo hacer nada por ella.  
La joven replicó con firmeza:  
—Me quedo.  
—Adiós—dijo el médico montando en el último furgón que esperaba en el camino.

## XIX

## Separación.

Cuando se desvaneció el ruido de los carruajes, reinó silencio de muerte en la granja medio destruida.

Margarita permaneció arrodillada, esforzándose por rezar una plegaria que no acudía á sus labios, y absorbida por la idea de la muerte, que buscaba con tanta ánsia.

Luego pensó en sus deberes, en el enemigo que estaba próximo.

Lavó el ensangrentado rostro de su amiga, le cruzó las manos sobre el pecho, la besó en la frente y se acercó después á la ventana para enterarse de lo que ocurría fuera.

No se veía ninguna luz. El enemigo, seguro de la fuga de los franceses, debía haber hecho alto á alguna distancia.

Margarita pasó á la habitación de los heridos.

No se había abandonado más que á los que no podían trasportarse sin grave peligro: eran tres soldados y el oficial.

Al ver éste á la enfermera, lanzó un suspiro de gozo.

—Al menos—murmuró esforzándose para tenderle la mano—nos quedáis vos.

—Sí; ¿pero por cuanto tiempo?—dijo ella.

—¿Vienen?

—Al menos están cerca, aunque nada anuncia su llegada.

—Vendrán—dijo el oficial colérico.—Esperan á que los nuestros estén lejos. ¿Qué necesidad tienen de exponer á ninguno de sus hombres? ¡Ah! Todo se ha acabado. ¿Qué harán con nosotros? Separarnos, seguramente, y yo que no quería abandonaros... ¿En dónde os volveré á ver ya?

—¿Para qué?

—¡No sabréis nunca cuánta amistad y cuánta gratitud siento hacia vos!

—¿Qué he hecho?

—Me habéis salvado.

—Cualquiera lo habría hecho igual.

El le dirigió una mirada suplicante, y le dijo:

—¿No queréis decirme vuestro nombre?

—Es inútil.

—¡Qué cruel sois!

La joven se alejó, conmovida por el ruego; pero sin querer rendirse.

En efecto, ¿podía confesar en lo sucesivo que se llamaba Margarita Souvray?

Volvió al lado del cadáver de la enfermera.

¡Ah! Si élla hubiera podido decir á aquel hombre, cuyos ojos revelaban el amor que invadía su ser: «Me llamo María Magdalena y no tengo otro nombre...» ¿Y por qué no? ¿Qué mal había en tomar el nombre de una muerta? ¿A quién perjudicaba? ¿Quién podía quejarse de esta usurpación?



Pensando en esto, recordó la carta que la pobre muerta había escrito. Ella misma le había dicho :

«Aquí está mi vida, mi herencia, y tú eres mi heredera.»

Podía, pues, legítimamente apoderarse de ello.

Desató el saco y lo sujetó á su cintura. Contenía algunos objetos de tocador, papeles, la carta de la duquesa, la de recomendación y la fotografía de la muerta, en la cual creyó Margarita ver un reflejo de su propia imagen. Contenía además un cuaderno, en cuya cubierta se leía, «*Mi vida*», y de ochocientos á novecientos francos en una bolsa.

El alma generosa y delicada de la joven sintió escrúpulos en presencia de aquel dinero; pero no tuvo tiempo de hacer muchas reflexiones, porque á poco oyó ruido de pasos que le hicieron volver la cabeza, viendo entrar á un sacerdote de aspecto venerable, que le dijo :

—Acabo de saber que hay heridos en esta casa, y una joven muerta ó moribunda, y vengo por si necesitan mis auxilios.

—Señor—dijo Margarita señalando el lecho,—ahí está una joven muerta por un proyectil de obús, que era enfermera como yo. ¿Queréis encargaros de darle sepultura? Tenía un hermoso corazón y era una santa.

El cura accedió, y Margarita le entregó el dinero que contenía la bolsa, diciéndole con voz entrecortada por los sollozos:

—Haced colocar una lápida sobre su sepulcro, y vos rogaréis por élla.

—¿Qué nombre se ha de poner?

—No es necesario poner ninguno sobre la tumba de una joven sin familia. Poned solamente: «Una abandonada».

Margarita apenas tuvo tiempo para concluir su respuesta, interrumpida por la llegada del enemigo.

Los enfermos se sentaron sobre la paja donde estaban acostados al oír el ruido ensordecedor de los caballos y furgones y las voces de mando de los jefes.

Margarita fué á colocarse en el umbral de la puerta, interponiéndose entre ellos y el peligro.

Los alemanes entraron en la cabaña; pero los personajes que se encontraban frente á la joven no tenían nada de amenazador, ni aun siquiera de militar, no obstante sus uniformes. El más viejo de ellos, contrahecho, de cabellera larga, cabellera de sabio, evocaba la idea de uno de esos médicos extraordinarios de los cuentos de Hoffman. Volvióse hacia un joven que guardaba ante él una actitud respetuosa y le preguntó:

—¿Ves algo en esta miserable granja, Frantz?

La habitación estaba iluminada únicamente por el fuego del hogar; la bujía de la otra pieza colocada en el cuello de una botella estaba consumiéndose.

Margarita respondió en mal alemán:

—Aquí no hay más que cuatro heridos, que no han podido ser trasportados con las fuerzas, una de mis compañeras, una enfermera, muerta por vuestros proyectiles y es-



te venerable sacerdote, el cura del pueblo.

--¿Y vos os habéis quedado para esperar-nos?--dijo el viejo de larga cabellera, cogiendo bruscamente de la mano á la joven y atrayéndola hacia el círculo luminoso del hogar.--¿No temeis, pues, las hordas del invasor? Muy bien. Así haceis justicia á las virtudes de los alemanes.

--¿Podía abandonar á estos heridos?

--¿Nos tomáis por bárbaros?--dijo el doctor severamente.

¿Creís que no conocemos nuestros derechos y nuestros deberes?

¡Miradme! Yo soy el doctor Alberto Kraubach, médico mayor del ejército. Estos soldados son nuestros prisioneros; pero serán bien tratados. En cuanto á esta joven, se verá si solo está herida; si esta muerta, no tengais cuidado: este sacerdote se encargará de todo.

--Marchaos--añadió, -- porque tenemos que instalar aquí á nuestros enfermos

Después murmuró algunas injurias contra los médicos franceses que toleraban mujeres en los campamentos, y dijo á un oficial:

--Muller, estended un salvo conducto á esta joven para que vaya adonde quiera.

El oficial preguntó á Margarita:

--¿Vuestro nombre?

--María Magdalena.

--¿Nada más?

--Nada más.

--¿Vuestra profesión?

--Enfermera en las ambulancias francesas.

--¿A dónde queréis ir?

--A Besanzon.

Firmó el papel y lo entregó á la joven, que se dirigió al lecho, é inclinándose sobre la muerta, imprimió un beso en su frente.

--Adiós--dijo--adiós, tú á quien deberé quizás mi salvación. Adiós para siempre.

Apretó la mano al sacerdote, dirigiéndole una mirada suplicante en favor de su amiga, y levantando la cortina que cerraba la habitación de los heridos, dijo á éstos con voz dulce:

--Adiós, todos.

Algunos minutos después, llegaba entre dos soldados al otro extremo de la población, donde le hicieron montar en un coche, que siguió el camino de Besanzon. Dos leguas antes de llegar á esta ciudad, y después de los azares de un viaje penoso por medio de las fuerzas enemigas, el conductor del carruaje declaró que no podía seguir adelante y Margarita tuvo que hacer á pié el resto de la jornada.

Cuando á la caída de la tarde entró en Besanzon, después de detenerse veinte veces en el camino, sufría una fiebre violenta.

Por espacio de dos meses estuvo entre la vida y la muerte en aquella ambulancia, donde fué recibida con cariño.

Su juventud triunfó de la enfermedad y después de una larga convalecencia, terminada la guerra y creyendo que su enemigo habría sucumbido en aquellos acontecimientos que habrían borrado también las